

mirame para que yo sepa que me escuchas... ¿oyes?; Dios mío, señores... ¿qué hacer?

Los dos médicos cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. El doctor eminente se inclinó y habló al oído de la niña. La criatura no entendió lo que le decían, tornó su carita pálida de grandes ojos negros, pero sin separarse de su madre.

El doctor le repitió sus palabras.

— ¡Mamá! — exclamó la niña.

Aquella vocecita familiar y querida, produjo un ligero despertar en la decaída madre. Por un momento temblaron sus párpados, cerrados: agitáronse las ventanas de la nariz y sus labios se arquearon como sonriendo.

— ¡Mamá! — gritó la niña sollozando. — ¡Mamá... mamita mía!!..

El doctor apartó suavemente la cabellera de la niña que tapaba la cara de su madre; ¡Qué inmóviles estaban los rizos! Tan débil era la respiración que no podía agitarlos.

Y de este modo, abrazada con fuerza á tan débil tabla de salvación, naufragó la madre en el desconocido y tenebroso mar que arrolla cuanto gira en el mundo.

CAPÍTULO II

PRECAUCIÓN TOMADA MUY Á TIEMPO CONTRA UN ACCIDENTE QUE SUELE INTRODUCIR PERTURBACIÓN AUN EN LAS FAMILIAS MÁS ORDENADAS.

— Nunca me congratularé bastante — dijo mistress Chick — de haber perdonado á la pobre Fanny, justamente cuando menos pensaba en ello; — fué una verdadera inspiración. — Como quiera que sea, siempre me servirá de consuelo.

Mistress Chick hizo esta impresionante reflexión al entrar en la sala, á donde bajó después de inspeccionar el trabajo de las modistas, ocupadas, en el piso alto, en la confección de los lutos. Esta observación iba encaminada á mister Chick, su marido, caballero grueso y calvo, de cara redonda, acostumbrado á tener las manos en los bolsillos y con tan natural tendencia á silbar alguna melodía, que apenas podía contenerse en consideración á las circunstancias y á la tristeza de la casa en que estaba.

— No te atormentes, Luisa; — dijo mister Chick; — te va á dar algún ataque, lo estoy viendo. Ta-ra-ral-da-ra-ta-ra... ¡Eh!... ¡ya se me olvidaba! En fin, quiere decir que hoy somos y mañana no: ¡así es la vida! »

Mistress Chick lanzó á su marido una mirada de censura y siguió su discurso.

— Confío en que este doloroso acontecimiento servirá para que nos habituemos, nos aprestemos, á realizar por nosotros mismos cuantos esfuerzos se requieran en todas circunstancias. Es la máxima que de este suceso se infiere y debemos aprovecharnos de ella, sin lo cual faltaríamos á nuestro deber.

Mister Chick permaneció silencioso un momento, hasta que pronto rompió á silbar la cancioncilla *Érase un zapatero remendón...* que interrumpió, confuso, dándose cuenta de que aquella música no encajaba en las circunstancias.

— ¡Qué duda tiene! — añadió mister Chick asintiendo á lo dicho por su mujer; — grande culpa tendríamos si no nos aprovecháramos de esto.

— Valiente manera de aprovecharte tienes viniendo á tararearnos cancioncillas triviales... *Érase un zapatero...* — Y mistress Chick tarareó á su vez con menosprecio de su marido y de la música.

— ¡Vaya! — repuso mister Chick, — es una costumbre.

— Que no tiene sentido. ¡Una costumbre! — replicó mistress Chick. — ¡Una costumbre! como si un hombre razonable pudiese dar esa ridícula disculpa... ¿Y si á mí se me antojase pasear por el techo, como las moscas, ¿qué dirías?

Tan poco probable parecía, que semejante cosa diera ocasión á decir algo, que mister Chick no se detuvo á refutar el argumento. Dejando, pues, á mistress Chick en sus posiciones, cambió de tema preguntando:

— ¿Cómo va el niño?

— ¿De qué niño hablas? — contestó mistress

Chick. — Porque he visto aquí un montón de ellos esta mañana, y ya no sé ni lo que digo.

— ¡Un montón de niños! — exclamó mister Chick con expresión de no entender ni una palabra de lo que su mujer decía.

— Sí, un montón... En fin, comprende lo que quiero decir. Puesto que ha fallecido Fanny es preciso buscar nodriza.

— Acabáramos. Ya estoy en ello. Ta-ra-ra-ralda-ra... Así es la vida, quiero decir. Sin duda, ¿habrás tomado una nodriza? »

— No: hasta ahora no he encontrado ninguna á mi gusto. Y lo malo es que entretanto el pequeño está como puedes imaginarte...

— Sí: se lo estará llevando el diablo... — dijo mister Chick, — de seguro.

Mas, comprendiendo por el ademán de indignación de mistress Chick, que eso de suponer á un Dombey en manos del diablo era un colmo de atrevimiento, se apresuró á remediar su falta exponiendo una idea ingeniosa.

— Dime ¿no se le podría dar de mamar en biberón, mientras tanto?

Si se hubiese propuesto concluir con la conversación, no lo hubiera hecho mejor: sus palabras pusieron término al debate: mistress Chick se quedó mirándole con lástima y no le dijo nada.

Á los pocos momentos de este silencio resignado, mistress Chick se levantó majestuosamente para acercarse á mirar por el balcón: habia oído el ruido de un carruaje que se detenía delante de la puerta. Comprendió mister Chick que por esta vez no tenía más que decir y se marchó: pero no siempre hacia lo mismo; en otras ocasiones, cuando discutía con su

mujer, era ésta la que tenía que callarse. Buena pareja, el marido valía tanto como la mujer y recíprocamente : en sus querellas matrimoniales, no era fácil determinar quién ganaría. Á veces, cuando mister Chick parecía derrotado, hacía raya, volvía la hoja, ensordecía á mistress Chick y lo arrollaba todo. Pero como también estaba él expuesto á contingencias semejantes, las discusiones entre el marido y la mujer revestían un carácter de incertidumbre que las hacía verdaderamente animadas.

Miss Tox entró en el cuarto, enteramente sofocada, á pesar de que había llegado en el coche de que hemos hablado.

— Querida Luisa — dijo — ¿ todavía está vacante el puesto ? »

— ¡ Ya lo creo que sí ! — contestó mistress Chick.

— En este caso — repuso miss Tox : — me parece que... Pero voy á traer la gente.

Miss Tox bajó al portal con la misma rapidez que había empleado en la subida y tornó á la habitación seguida de su acompañamiento.

No se componía éste como hubiera podido esperarse, de una persona ó dos ó tres ; sino de un grupo formado de : primero, una mujer más bien joven que de edad madura, coloradota y fresca, rebosando salud, y con un chiquitín en brazos : á esta mujer seguía otra más joven, con dos mofletudos chiquillos, uno de cada mano ; á continuación aparecía un mocito no menos mofletudo, finalmente, cerraba la marcha un hombre, tan mofletudo como los chicos, pero no sólo sino acompañado de otro chiquillo más, llevado en brazos. Lo primero que hizo este hombre fué poner en el suelo al chiquillo diciéndole : — Anda, cógete á tu hermano Juanito, no te sueltes.

En seguida habló miss Tox, dirigiéndose á Luisa :

— Como sabía de qué manera estaba usted inquieta, no he vacilado en dirigirme al « Real Instituto de Mujeres casadas, de la Reina Carlota ». No había pensado usted en esto. Pregunté por una nodriza, que fuese buena, de lo mejor que allí supieran. Pero me contestaron secamente que no había. ¡ Figúrese usted ! Ya no sabía yo qué hacer. Afortunadamente, una de las mujeres casadas adscritas á esta Real Institución, haciéndose cargo de mi apuro, intervino, recordando á la empleada que me contestaba, que sí había una, que acababa de estar en el despacho y vuéltose á su domicilio. Claro está : en cuanto oí esto no quise más averiguaciones, me contenté con la nota de « excelentes informes, carácter irreprochable » que me dieron en la oficina, y eché á correr en busca de la nodriza.

— ¡ Qué buena es esta queridísima amiga ! — exclamó Luisa.

— No diga usted eso — repuso modestamente miss Tox. Y continuó diciendo : — Llego á casa de la nodriza — qué limpieza... ¡ se podría comer en el suelo ! Admirable. Pues bien, llego á la casa y me encuentro con que toda la familia está comiendo. Entonces se me ocurre que lo mejor sería que usted y mister Dombey conocieran á esta familia, antes de pasar adelante. De modo que me los he traído á todos. Y aquí los tiene usted. Éste es el padre... ¿ Quiere usted hacer el favor de acercarse ?

El hombre mofletudo se acercó, tímidamente, riendo como un tonto.

— Esta es la mujer — prosiguió miss Tox, señalando á la que tenía el niño en brazos. — ¿ Cómo está usted, Polly ? »

— Muy bien, señora, muchas gracias; — contestó Polly.

Miss Tox la había dirigido el saludo lo mismo que si se tratara de una conocida á quien no hubiera visto en quince días : en realidad se proponía sencillamente hacerla hablar y decir algo.

— Me alegro — continuó miss Tox. — La otra joven es una hermana suya, soltera, que vive con este matrimonio. Ella será la que cuide de los chiquillos. Se llama Jemima. ¿Cómo está usted, Jemima?

— Muy bien, señora, muchas gracias; — contestó la muchacha.

— Me alegro — replicó, miss Tox. — Y celebraré que así sea siempre. En fin, ya lo ve usted, Luisa, cinco chicos. El menor tiene seis semanas. Ese jovencito tan guapo, que tiene un grano en la nariz, es el mayor. Supongo que ese grano — añadió miss Tox, dirigiendo una escrutadora mirada á toda la familia — no será cosa de naturaleza, será algún accidente...

— Es una plancha; — contestó el padre, con voz ronca.

— Dispense usted — dijo miss Tox — ¿qué es lo que usted dice?

— Una plancha; — repitió el interrogado impertérrito.

— ¡Ah! ya comprendo — exclamó miss Tox — sí, ya estoy : se me había olvidado. El mocito — añadió dirigiéndose á Luisa — fué á dar con la nariz en una plancha, cuando su madre estaba planchando. — Y tornando á su interlocutor: — tiene usted razón. ¿Qué me dijo usted antes, respecto á la profesión que usted ejerce?

— Fogonero; — repuso el hombre.

— Fo... fo qué, qué eso? — exclamó miss Tox algo asustada.

— Fogonero, — insistió el preguntado.

— ¡Ah! sí; ya estoy. De máquinas de vapor — añadió miss Tox, aunque sin explicarse bien el oficio.

— ¿Cómo le sienta á usted?

— ¿El qué?

— El oficio.

— Ah, muy bien. Mucha ceniza. Algunas veces se mete por aquí — y enseñó el pecho — y esto le pone á uno ronco. Pero no le hace. Cosa de cenizas; no es por mala voluntad.

Miss Tox ya no supo qué contestar ni se atrevió á seguir hablando. Afortunadamente, intervino mistress Chick, comenzando un detenido examen de Polly, de sus chicos, de la partida de casamiento, de los certificados de buena conducta, otros varios papeles. Salió Polly bien de estos exámenes, con lo que, ya informada mistress Chick, fué á dar cuenta á su hermano. Para mayor seguridad y como testimonio de su informe llevó consigo á los dos niños mofletudos, dos Toodle : este era el apellido de la familia.

Desde que falleció su mujer estaba mister Dombey, sumido en profundas meditaciones, sin salir de su cuarto, pensando en su hijo, en el porvenir de aquella criatura. Sobre aquel corazón, de ordinario tan frío, parecía gravitar la más pesada carga, más le pesaba aquella pérdida por lo que concernía al niño, que en lo que á él mismo le tocaba : aquella contrariedad le irritaba. Las esperanzas que había concebido, la vida y adelantos en que había pensado, se hallaban comprometidos desde el comienzo por tan menospreciable incidente. En efecto; ¿es que la casa Dombey é hijo iría á desaparecer por falta de nodriza? Era

una humillación que atormentaba á mister Dombey, tanto como le preocupaba el estado de su hijo. Justamente cuando veía realizado su más vehemente deseo, venía á encontrarse sometido á lo que buenamente quisiera hacer una criada, una sirvienta, que reemplazaría á la madre cerca de aquel hijo... La idea de semejante alianza le hacía rechazar instintivamente cuantas solicitantes se ofrecían. Sin embargo, no había más remedio, no se podía perder tiempo. Por otra parte, no se encontraba nada que decir contra Polly, según ponía de manifiesto mistress Chick, haciendo, de paso, calurosos elogios de miss Tox.

— Veo que estos chicos parecen sanos; — en efecto dijo mister Dombey; — pero eso de que un día puedan creerse emparentados con Pablo!.. Llévatelos, Luisa, llévatelos. Di al marido y la mujer que entren.

Mistress Chick volvió á coger de la mano á los dos mofletudos y salió, tornando á poco en unión del padre y de la madre.

— Buena mujer, — dijo mister Dombey, volviéndose en su asiento hacia ella; — me dicen que está usted bastante pobre y que quiere ganar algún dinero como ama de cría de este niño, mi hijo, prematuramente privado de lo que nunca se podrá sustituir... No tengo nada que objetar respecto á la manera como usted entiende ayudar á su familia. Según veo, reúne usted cualidades para ello. Pero, he de imponer á usted una ó dos condiciones cuya aceptación es indispensable antes de que entre usted á mi servicio. En primer lugar, estipularemos que en esta casa se le conocerá á usted con el nombre de... de Richards: nombre común, pero muy decente. ¿Tiene usted

alguna objeción que hacer contra este nombre? Consúltelo usted con su marido.

Su marido no dijo una palabra, pero siguió viendo, con su cara de tonto, limpiándose de cuando en cuando la boca con el reverso de la mano. Mistress Tooodle le empujó dos ó tres veces con el codo, pero en vano. Entonces tomó la determinación de contestar por sí misma, diciendo: — Bueno, pues cambiaré de nombre, y lo tendrá usted en cuenta para el salario.

— Por supuesto; — contesto mister Dombey. — Lo que quiero es que esto se cuente para el pago y que todo sea cuestión de pago. Además, Richards, si usted es nodriza de mi hijo será preciso que no se olvide de lo que le voy á decir, y es que yo la pagaré liberalmente lo que convengamos y en reciprocidad de los deberes que usted se impone. Usted verá á su familia lo menos posible. Y cuando hayan concluido los servicios de usted, cuando se halle usted totalmente pagada, se acabarán, por completo, las relaciones entre nosotros. Por completo ¿entiende usted bien?

Mistress Tooodle se quedó algo pensativa. Su marido no tenía que reflexionar: era evidente que no se contaba con él para nada.

— Usted tiene hijos, suyos — añadió mister Dombey — y no pretendo que vaya usted á encariñarse con mi hijo más de lo que mi hijo haya de encariñarse con usted: ni espero ni quiero nada de esto. Al contrario. Cuando se marche usted de aquí, éste habrá sido un negocio, meramente de contrato y de pago, entrega de dinero, recibo del mismo y se acabó. El niño se olvidará de usted, y usted hará el favor de olvidarse del niño. ¿Ha comprendido usted?

Mistress Toodle se puso algo más colorada, algo como vergüenza que le subía á la cara. Al fin contestó :
— Está bien : sabré no salir de mi puesto .

— Así lo espero, Richards ; — añadió mister Dombey. — No dudo de que usted reconocerá que esto está muy bien. Por otra parte, es una cosa tan natural y tan sencilla que se cae de su peso. ¡ Vaya ! Luisa, arréglate con Richards en lo que concierne al dinero : págala cuanto quiera y como quiera. Señor... usted, cómo se llama, haga usted el favor de quedarse aquí conmigo : tenemos que hablar dos palabras.

Detenido de esta manera Toodle, cuando ya estaba en la puerta, siguiendo los pasos de su mujer, volvióse atrás y se quedó á solas con mister Dombey. Era Toodle un hombre robusto, cuadrado de hombros, suelto de movimientos, aunque de modales ordinarios, mal vestido y no limpio. El pelo y las patillas, sin peinar, tenían un color debido, en gran parte, al humo del carbón y del tabaco, duras las manos y callosas, cuadrada la frente y tan rugosa como la corteza de un roble. Para mayor contraste con mister Dombey, era éste uno de esos hombres de negocios que visten elegantemente, jabonado, afeitado, tieso como un billete de Banco nuevo, brillante como si hubiera estado sometido á la estimulante acción de un baño de oro.

— Tiene usted un hijo, me parece ; — le dijo mister Dombey.

— Tengo cuatro, señor. Cuatro hijos y una hija. ¡ Todos buenos !

— Le costará á usted mucho trabajo, mucha pena mantenerlos ; — añadió mister Dombey.

— Hay otra cosa que me daría mucha más pena en este mundo, señor.

— ¿ Qué cosa ?

— Perderlos, señor.

— ¿ Sabe usted leer ? — preguntó mister Dombey.

— No muy bien, señor.

— ¿ Y escribir ?

— ¿ Con tiza ?..

— Con cualquier cosa.

— Con tiza me parece que podría escribir un poco, si fuera necesario ; — contestó Toodle, después de pensarlo.

— Sin embargo — observó mister Dombey — tiene usted bien sus treinta y dos ó treinta y tres años.

— Poco más ó menos, me parece ; — dijo Toodle, después de otra reflexión.

— En fin, ¿ por qué no aprende usted ? — Tornó á preguntar mister Dombey.

— Voy á enseñar á uno de mis chicos y él me enseñará, cuando haya ido á la escuela y haya aprendido él.

Mister Dombey se quedó mirándole un momento y, al parecer, no con agrado. Después dijo sencillamente : — Está bien ; — y se puso á contemplar el techo de la habitación, pasándose una y muchas veces la mano por la boca. Al cabo añadió :

— ¿ Ha oído usted lo que le he dicho á su mujer ?

— Ella lo ha oído ; — contestó Toodle señalando con el sombrero atrás, por encima del hombro con ademán que significaba una completa confianza en aquella. — Está perfectamente.

— Puesto que se atiene usted á su mujer — dijo Dombey, como pesaroso de no poder hablar con aquel hombre tósco y asombrarle con un discurso delicado, — puesto que se atiene usted á su mujer, no hay necesidad de decir más.

— No hay necesidad; — contestó Toodle. — Ella lo sabe todo : es muy lista.

— No le detengo á usted más tiempo; — añadió mister Dombey ya desesperanzado. — ¿En qué trabajos se ha ocupado usted antes de ahora?

— Generalmente, bajo tierra, señor, hasta que me casé. Ahora trabajo al aire. Voy á entrar en los ferrocarriles, en cuanto empiecen.

Aquello fué el colmo : no pudo resistir más tiempo mister Dombey, y señalando la puerta al marido del ama, le indicó que podía marcharse; y éste, que no deseaba otra cosa, se marchó muy contento. Entonces mister Dombey se levantó, cerró con llave la puerta de su cuarto y se puso á pasear por la habitación, meditando y abatido. Y, á pesar de su rigidez, de su indomable altivez y compostura, enjugando lágrimas que desbordaban en sus ojos y con una emoción que por nada del mundo hubiera consentido que alguien viera, murmuró — ¡Pobrecito mío!

Y en su característico orgullo mister Dombey no se lamentaba por él, sino por su hijo. No decía pobre de mí, viudo, que me veo obligado á confiar en la mujer de un patán que casi siempre ha trabajado « bajo tierra » á cuyas puertas, sin embargo, nunca llamó la muerte y que diariamente ve sentarse á la mesa sus cuatro hijos : no, no decía esto, sino — Pobrecito mío — pobre del pequeñuelo.

Apenas habían salido estas palabras de sus labios cuando se le vino á la idea — y esto no era otra cosa que el resultado de la poderosa atracción que arrasaba hacia un punto común todas sus esperanzas y temores — la posibilidad de que la nodriza cambiase á Pablo por su propio hijo. ¿No tenía esta mujer un

hijo y no podría querer para éste la dicha que estaba reservada á Pablo?

Aunque semejante pensamiento le pareció romántico é inverosímil, no dejó de considerarle en rigor posible; y así, por más que no, quería detenerse; en ello pasó á considerar qué haría si llegase á descubrir tal superchería cuando ya fuera viejo. ¿Qué debería hacer un hombre en tales condiciones? ¿le sería lícito dar por no subsistente el resultado de tantos años de confidencias y de usos, en provecho de otro completamente extraño á todo esto?

Á medida que iba calmándose aquella desacostumbrada emoción, se iban también borrando las sospechas, aunque no sin dejarle con el propósito de vigilar por sí mismo á Richards lo más estrechamente posible y sin que ella se enterase. Tomada esta resolución, y algo más tranquilo en consecuencia, consideró que la situación menesterosa de aquella mujer constituía una circunstancia favorable, puesto que gracias á ella era mayor la distancia entre la nodriza y el niño, siendo de esta manera más natural la separación de ambos.

Entretanto se habían ratificado y ultimado los términos de la convención entre mistress Chick y el ama de cría, no sin intervención de miss Tox, Richards tomó posesión del niño Dombey, con el mismo ceremonial que se hubiera empleado para investirla de alguna gran cruz : la resignada madre entregó su propio hijo á Jemima, con muchas lágrimas y besos. Para sostener el ánimo de la familia sirvieron á todos sendos vasos de vino.

— ¿Usted también tomará un vaso de vino, eh, señor Toodle? — dijo miss Tox al fogonero que volvía de su conversación con mister Dombey.

— Muchas gracias... lo tomaré, puesto que usted se empeña ; — contestó Toodle.

— Contento estará usted de ver á su querida esposa en una casa tan comfortable, ¿ no es verdad? — añadió miss Tox, haciendo furtivamente señas á Toodle para que asintiera.

— No, señora, — contestó tranquilamente Toodle.

— Lo que quiero es que vuelva.

Con esto rompió su mujer á llorar más fuerte, mistress Chick, en su calidad de experimentada en la materia, tuvo miedo de que la emoción del ama perjudicara al niño (« se va á agriar », murmuraba al oído de miss Tox) : de modo que intervino para calmar aquella tristeza.

— ¡ Qué bien va estar su niño y qué cuidadito se verá por Jemima ! — dijo mistress Chick á la nodriza.

— No tiene usted que preocuparse de nada : haga usted un esfuerzo, nada más que un esfuerzo — ya sabe usted que todo requiere en este mundo un esfuerzo — y será usted feliz. ¿ Le han tomado á usted medida para el luto ?

— Si.... señora, — contestó el ama sollozando.

— ¡ Vaya... y que no estará usted poco bien vestida. Va á vestirla á usted la misma modista que me hace á mí los trajes. Y como telas no hay nada mejor, ¿ las ha visto usted ?

— Estará usted tan elegante — dijo á este punto miss Tox, siempre á la nodriza — que no la va á conocer su marido.

— ¡ Vaya si la conoceré ! — exclamó Toodle, — ¡ aunque esté como esté, la conozco !

Positivamente, no había manera de entenderse con este hombre.

— En cuanto á la vida que usted haya de hacer,—

prosiguió mistress Chick, — la afreglará usted á su gusto. Tendrá usted siempre lo mejor, pedirá usted para comer lo que quiera, y si tiene usted un antojo, será usted complacida tan bien como una gran señora, como una verdadera Lady.

— No tengo duda, añadió miss Tox apoyando aquella manifestación de simpatía; y en cuanto á la cerveza, á discreción : ¿ no es verdad, Luisa ?

— Naturalmente, contestó mistress Chick. No habrá más que una pequeña prohibición, ¿ sabe usted, ama ? una pequeña privación; no podrá usted comer algunas legumbres...

— Ni picantes, completó miss Tox.

— Salvo estas excepciones, continuó mistress Chick, no tiene usted más que pedir y no se le privará de nada.

— Por supuesto, ya sabe usted, Luisa, siguió diciendo miss Tox, — cuánto es el cariño que esta excelente mujer profesa á su hijo : segura estoy de que no la censurará usted por esto...

— ¡ Oh ! no, — contestó benévolamente mistress Chick.

— Sin embargo, — prosiguió miss Tox, — por mucho que sea este cariño, no podrá ella menos de comprender lo muchísimo que representa y vale el ser nodriza de este angelito, perteneciente á una clase tan elevada y el privilegio de que este niño se amamanta en tan comunes manantiales... ¿ No es verdad, Luisa ?

— Sin ninguna duda, contestó mistress Chick.

— Ya ve usted : ya está contenta y satisfecha : va á decir adiós á su hermana Jemima, á sus pequeños, á su buen marido, sonriente y sin pesar alguno, ¿ no es cierto ?

— ¡Cómo no! — exclamó miss Tox. Estoy segura de que lo va á hacer así.

Sin embargo, la pobre Polly estaba profundamente triste al abrazar á todos los suyos uno á uno y finalmente se escapó de la habitación por no enterecerse más y no hacer llorar á sus hijos. Pero no le salió bien la retirada, porque uno de sus chicos, el más pequeño, salió detrás de ella, subiendo por la escalera á cuatro patas, mientras que el mayor (llamado en la familia, Biler, en recuerdo de la máquina de vapor de este mismo nombre) pataleaba hecho un demonio para manifestar expresivamente su disgusto : pataleo que fué imitado pronto por toda la familia.

En fuerza de distribuir naranjas y monedas de cobre, peniques y medios peniques, se aplacó la irritación de los pequeños Toodle, y toda la familia se marchó, reexpedida á su casa en el mismo coche que la había traído. Los chicos se sentaron junto á las ventanillas, bajo la guardia de Jemima. En cuanto á Toodle, el padre, prefirió subirse de pie á la trasera y hacer el viaje de este modo, que entraba más en sus costumbres.

CAPÍTULO III

EN EL QUE SE TRATA DE MÍSTER DOMBEY COMO HOMBRE, COMO PADRE DE FAMILIA Y COMO MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN DE SU CASA.

Las exequias de la difunta señora fueron « celebradas » á entera satisfacción del empresario y de los vecinos, gentes, estos últimos, capaces de criticar las más pequeñas cosas, ó censurar las más insignificantes omisiones ú olvidos de tales ceremonias. Los diferentes individuos de la casa Dombey tornaron á sus puestos en sus respectivos servicios domésticos. Este pequeño mundo, contenido de puertas á dentro, lo mismo que el otro mundo grande, de puertas á fuera, olvida con facilidad á los que se mueren. « Era una buena señora », dijo la cocinera en honor de la muerta. « Todos tenemos que pasar por ese trance », dijo el ama de gobierno. « ¡Quién lo hubiera creído! » exclamó la doncella. « Es lo mismo que un sueño », observó el ayuda de cámara. Y cuando se acabó el repertorio estuvieron todos de acuerdo en reconocer que el luto duraba demasiado.

En cuanto á Richards, la nodriza, estaba relegada á un piso alto, en honrosa cautividad, y su nueva vida le parecía como un amanecer frío y triste. La casa de